

2





FEBRERO DE 1453

Tres dedos quebrados bastaron para que el asesino en potencia gritara el nombre del enemigo de Lada.

—Bueno —Nicolae alzó las cejas, antes una sola, pero que ahora estaba dividida por una despiadada cicatriz que se negaba a borrarse con el paso del tiempo. Se volvió, mientras Bogdan degollaba al joven. El calor humano que abandonaba el cuerpo se esfumó en el aire frío invernal—. Eso es decepcionante.

—¿Que el gobernador de Brasov nos haya traicionado? —preguntó Bogdan.

—No, que la calidad de los asesinos haya decaído tanto.

Lada sabía que Nicolae estaba tratando de alivianar la situación a través del humor —nunca le habían gustado las ejecuciones—, pero sus palabras calaron hondo. Era un golpe devastador que el gobernador de Brasov deseara la muerte a Lada, ya que le había prometido ayuda, y eso le había dado un resquicio de esperanzas durante los últimos meses.

Ahora ya no le quedaba ninguna. Brasov era la última ciudad de Transilvania en la que había intentado hallar un aliado. Las familias nobles boyardas de Valaquia ni le habían respondido las cartas que ella había enviado. Transilvania, con sus ciudades fortificadas en las montañas situadas entre Valaquia y Hungría, dependía en gran medida de Valaquia, pero Lada se había dado cuenta de que la clase dirigente de sajones y húngaros no tomaba en serio a su gente, y a ella la consideraba inútil y despreciable.

Pero lo que era aún peor que perder la última posibilidad de contar con un aliado era que *esto* era lo máximo que estaban dispuestos a gastar por ella: un asesino desnutrido y torpe, que apenas había pasado la niñez.

Ese era todo el temor que ella despertaba y todo el respeto que inspiraba.

Bogdan pateó el cadáver por el borde del pequeño barranco que rodeaba el campamento. Al igual que cuando eran chicos, no era necesario pedirle que limpiara el desorden que ella había ocasionado. Se limpió la sangre de los dedos y se calzó los guantes viejos que ya no le quedaban bien. Llevaba un gorro deformado, que apenas le cubría las orejas que sobresalían como asas de una taza.

Se había convertido en un hombre fuerte y robusto. No luchaba de forma llamativa, pero sí lo hacía con una eficiencia brutal. Cuando Lada lo vio en acción, tuvo que retener las palabras de admiración que brotaban de su interior. También era extremadamente limpio, una cualidad reforzada por los otomanos que no todos sus hombres habían conservado. Bogdan siempre tenía un olor fresco y agradable, similar al de los pinos entre los que se escondían. Todo en él le recordaba a su hogar.

Sus otros hombres estaban acurrucados alrededor de las hogueras, esparcidos en grupos a lo largo de los gruesos árboles. Estaban tan deformados como el gorro de Bogdan. La antigua homogeneidad prístina de los jenizaros se había evaporado hacía largo tiempo. Solamente quedaban treinta hombres. Habían perdido doce al toparse con una inesperada tropa del príncipe Danesti de Valaquia cuando intentaban cruzar el Danubio para ingresar a las tierras; y ocho más durante los meses posteriores, en los que se habían mantenido ocultos, escapando de los enemigos y en la búsqueda permanente de algún aliado.

—¿Piensas que Brasov está asociado con el príncipe Danesti o con los húngaros? —preguntó Nicolae.

—¿Acaso importa la diferencia? —lanzó Lada. Todos los bandos estaban en contra de ella. Frente a frente, le sonreían y le prometían ayuda, pero después enviaban asesinos en la noche para que se deshicieran de ella.

Lada había derrotado a asesinos muy superiores en nombre de Mehmed, lo cual no era un consuelo ya que aquello le hacía recordar el tiempo en su compañía. Daba la impresión de que todo lo que había hecho digno de orgullo había ocurrido cuando estaba junto a él. ¿Acaso había quedado reducida a la nada al haberlo abandonado?

Lada bajó la cabeza y se frotó el cuello, que la atormentaba con una tensión constante. Desde que había fracasado en apoderarse del trono, no había escrito ni recibido noticias de Mehmed ni de Radu. Le resultaba humillante poner en evidencia su derrota ante ellos, así como tener que escuchar lo que le dirían. Mehmed la invitaría a regresar junto a él y Radu la consolaría... pero no estaba segura de que su hermano la recibiera con los brazos abiertos.

También se preguntaba cuánto se habrían acercado durante su ausencia. Pero nada de eso importaba. Ella había elegido abandonarlos como un acto de fortaleza. Jamás regresaría junto a ellos mostrando debilidad. Había creído que –con sus hombres, con la dispensa de Mehmed y con todos los años de experiencia y fortaleza– el trono estaba destinado a ser suyo. Había pensado que ella sería suficiente.

Ahora sabía que nada de lo que hiciera podría ser suficiente, a menos que fuera capaz de tener un pene, lo cual era poco probable y para nada deseable.

Aunque, como últimamente vivían ocultos en el bosque, aquello le hubiese facilitado el tema de ir al baño. Vaciar la vejiga en medio de la noche era un esfuerzo incómodo y terminaba congelada.

Entonces, ¿qué le quedaba? No tenía aliados, ni el trono, ni a Mehmed, ni a Radu. Solamente contaba con esos hombres perspicaces, cuchillos afilados y sueños intensos, y no hallaba la manera de hacer uso de nada de eso.

Petru se apoyó contra un árbol cercano que estaba despojado de hojas por el invierno. Durante el año transcurrido, se había tornado más corpulento y silencioso. Se habían borrado las huellas del muchacho que había sido al incorporarse a la compañía de Lada. Le habían mutilado una oreja y llevaba el cabello largo para tapar la herida. Además, se había dejado de rasurar, al igual que la mayoría de los otros hombres de ella que ya no tenían los rostros desnudos que indicaban el rango que habían ocupado entre los jenizaros. Eran libres, pero estaban desorientados, lo cual preocupaba cada vez más a Lada. Cuando treinta hombres que habían sido educados para luchar y matar ya no podían cumplir con lo que sabían hacer, ¿qué los mantendría atados a ella?

Lada tomó una rama del fuego. Era un tizón ardiente que le abrasaba los ojos con la luz que emanaba. Percibió que la atención de los hombres se volvía hacia ella y, en vez de considerarlo como un peso, se colocó en una posición más erguida. Los hombres necesitaban algo para hacer.

Y Lada necesitaba ver algo que ardiera.

–Bueno –expresó, mientras agitaba por el aire el palo en llamas–. Creo que deberíamos hacer llegar nuestros saludos a Transilvania.

• • • • •

*Es más fácil destruir que construir*, solía decir la nodriza de Lada, cada vez que la niña arrancaba todas las flores de los árboles frutales, *pero los campos vacíos generan estómagos hambrientos*.

De pequeña, Lada nunca había llegado a comprender qué era lo que quería decir su nodriza.

Pero ahora creía haberlo entendido, al menos la parte que afirmaba que destruir era más fácil que construir. Había desperdiciado el tiempo al escribir cartas y al tratar de forjar alianzas con nobles de baja categoría. Durante el último año, su vida había sido una lucha constante. Una gran lucha para organizar reuniones, para que no la consideraran como una niña que jugaba a ser un soldado, y para encontrar el modo de operar dentro de un sistema que siempre había sido ajeno a ella.

Estaban más cerca de la ciudad de Sibiu que de Brasov. Por afán de eficacia y pragmatismo, Lada había decidido detenerse primero allí. Se tardó menos tiempo en conducir a cientos de rebaños de ovejas de Sibiu hacia un estanque congelado para que se ahogaran que lo que demoró un sirviente en informarle que el gobernador no se reuniría con ella. Los pastores de Valaquia, a los que sin duda matarían por no haber podido salvar a las ovejas, se incorporaron discretamente a la compañía de ella.

Logrado eso, Lada y sus hombres cruzaron los tranquilos y desprotegidos suburbios de la ciudad de Sibiu, sin lastimar a nadie. Por delante de ellos, se alzaban los muros del centro urbano, en donde solamente podían

quedarse a dormir los nobles de Transilvania, nunca los valacos. Ella se imaginaba que dormirían profundamente, mimados y protegidos por el sudor de las frentes valacas.

No contaban ni con el tiempo ni con la cantidad de soldados para lanzar un ataque al centro urbano de Sibiu. No estaban allí para conquistar el territorio, sino para destruirlo. A medida que la descarga de flechas de fuego se arqueaba por encima de los muros en dirección al entramado de techos, la sonrisa de Lada se tornaba, al mismo tiempo, más brillante y más oscura.



Pocos días después, estaban en las afueras de Brasov esperando a que se pusiera el sol. La ciudad se situaba en un valle que estaba rodeado de frondosa vegetación. A lo largo de los muros del centro urbano, se erigían varias torres separadas por intervalos, cada una de las cuales estaba protegida por un gremio diferente. Sitar la ciudad sería todo un desafío.

Pero, al igual que con Sibiu, la intención de Lada no era quedarse con la ciudad, sino castigarla.

—El terror se propaga más rápido que el fuego —al anochecer, Nicolae regresó de un recorrido para explorar el terreno—. Corren rumores de que has tomado Sibiu, que lideras cerca de diez mil soldados otomanos, y que eres la sierva elegida del diablo.

—¿Por qué siempre tengo que ser la sierva de un hombre? —se quejó Lada—. En todo caso, tendría que ser la compañera del diablo, y no su sierva.

Bogdan frunció el ceño y se santiguó. Continuaba aferrado a una versión bastarda de la religión en la que los habían criado. Su madre —la nodriza de Lada y de Radu— manejaba la cristiandad como si fuera un interruptor, ateniéndose únicamente a las historias que se ajustaban a sus necesidades del momento. Por lo general, las que afirmaban que los osos se devoraban a los niños que se portaban mal. Aunque Lada y Radu hubieran asistido a la iglesia con Bogdan y su madre, Lada recordaba poco de aquellas infinitas y sofocantes horas.

Bogdan debía haber mantenido su religión a lo largo de los años que había pasado con los otomanos. Los jenizaros se convertían al islam, y no había otras alternativas. Pero el resto de sus hombres habían abandonado el islam tan pronto como a los gorros jenizaros, y no lo habían reemplazado por nada más. Cualquiera fuera la fe que habían profesado en su infancia, había desaparecido por completo.

Lada se preguntaba cuánto le había costado a Bogdan aferrarse a la cristiandad pese a tanta oposición. Pero lo cierto era que él siempre había sido terco tanto en los rencores como en las lealtades. Ella estaba muy agradecida por esta última, ya que la lealtad de él hacia ella se había arraigado con profundidad desde la niñez en los bosques verdes y en las rocas grises de Valaquia, antes de que los otomanos se lo hubieran arrebatado.

De manera impulsiva, ella se inclinó hacia adelante y jaló de una de las orejas de él, como lo hacía cuando eran chicos. Una sonrisa inesperada iluminó los rasgos rígidos del muchacho y, de inmediato, ella regresó al pasado junto a él, en el que atormentaban a Radu, asaltaban las cocinas y sellaban el vínculo entre ambos con la sangre de sus manos mugrientas. Bogdan era su niñez. Bogdan era Valaquia. Y, como lo había recuperado, podría también recuperar todo el resto de lo que había perdido.

—Si estás trabajando para el diablo, ¿podrías pedirle que nos pagara? Tenemos los bolsos vacíos —Matei levantó una bolsa de cuero liviana para ilustrar su pedido. Sobresaltada, Lada se apartó de Bogdan y de la calidez que sentía en el pecho. Matei era uno de los jenizaros originales, su hombre más antiguo y de mayor confianza. Ellos se habían unido a ella en Amasya, cuando no tenía nada para ofrecerles, y todavía seguían sus pasos, con el mismo resultado de antes.

Matei era mayor que Stefan y tenía años de experiencia invaluable. No había muchos jenizaros que vivieran hasta la edad que tenía él. Cuando los habían sorprendido en la frontera, Matei había recibido un flechazo en el costado por proteger a Lada. Estaba canoso y demacrado, y se caracterizaba por tener una perpetua mirada hambrienta que se había acentuado aún más durante la estadía en las salvajes montañas de Transilvania.

Lada valoraba esa hambre en sus hombres, porque era lo que los instaba a seguirla, pero, al mismo tiempo, era justamente lo que podría alejarlos si no hacía algo pronto. Necesitaba mantener a Matei de su lado. Necesitaba la espada de él y, de modo menos tangible pero igual de importante, necesitaba su respeto. A Bogdan lo tenía sin importar lo que pasara. A los otros hombres debía retenerlos.

–Cuando termines tu trabajo, Matei, podrás llevarte lo que desees –Lada permaneció con la vista fija en los muros de la ciudad que se alzaba por debajo de ellos, observando las luces que parecían lámparas diminutas.

Brasov había bloqueado sus puertas de entrada para que nadie pudiera ingresar después del atardecer. Matei y Petru dirigían a cinco hombres cada uno, con el fin de escalar los muros bajo el amparo de la oscuridad. Cuando llegaron al lugar que habían acordado, Lada encendió la base de un árbol totalmente seco que acogió las llamas ávidamente hasta que alcanzaron la copa, obligando a ella y a sus hombres a escapar del fuego a toda prisa.

Las bases de las dos torres que estaban en el extremo opuesto resplandecían con llamaradas similares. Lada se quedó observando a los guardias asustados que correteaban por la torre más cercana a ella y que luego se asomaron por el borde.

–¿Son valacos? –gritó Lada en su lengua nativa.

Uno de los hombres lanzó una flecha. Lada alcanzó a inclinarse hacia un lado y la flecha rebotó contra la malla que ella llevaba puesta. Bogdan respondió con otra y el guardia cayó silenciosamente sobre el borde de la torre.

–¿Te hiciste daño? –dijo Bogdan con voz desesperada, mientras sus enormes manos buscaban alguna herida... alrededor de los pechos de ella.

–¡Bogdan! –ella le apartó las manos de un golpe–. ¡Si tuviera alguna herida, tú no serías el indicado para revisarla!

–Entonces, ¿necesitas que te vea una mujer? –preguntó, al mismo tiempo que miraba hacia todos los rincones como si pudiera aparecer una por arte de magia.

–¡Estoy bien!



—¡Sí, somos valacos! —gritó otro hombre con voz temblorosa, agitando un trozo de tela por encima del borde de la torre.

—Déjennos entrar y quedarán libres —Lada consideró la situación—. O también pueden unirse a nosotros, si lo desean.

Ella empezó a contar los latidos de su corazón y llegó hasta el número diez justo cuando se abrió la puerta de la torre y salieron siete hombres: tres se escurrieron en silencio entre los árboles y cuatro se quedaron. Lada pasó por delante de ellos y subió por las escaleras hacia la cima de la torre, que era circular. Había un ancho parapeto de piedra por el que ella se asomó para observar la ciudad.

Dentro de los muros, el terror se propagaba como si fuera una peste. Las calles estaban inundadas de personas; mujeres que chillaban y hombres que daban órdenes a los gritos. Era un caos.

Estupendo.

Tres días más tarde, en el cielo todavía quedaban vestigios del humo que la ira de Lada había dejado suspendido por sobre la ciudad en ruinas. Ella y sus hombres habían acampado descaradamente cerca del lugar, embriagados de hollín y venganza, seguros de que todos los habitantes de la ciudad dedicaban el tiempo a intentar salvar lo que aún no habían perdido. También estaban ebrios gracias al carro lleno de vino que Matei había conseguido llevar hasta allí.

Fue en ese momento cuando Stefan se deslizó dentro del campamento, en silencio y en secreto, al igual que una sombra. Él también había estado con Lada desde el principio. Siempre se había destacado por ser el mejor en reunir información: aquel rostro pálido y ordinario lo hacía lucir como un recuerdo casi olvidado, incluso para las personas que tenía en frente. Algún día, pensó Lada, el mundo se daría cuenta de que ella merecía un asesino similar a él.

—¿Qué noticias tienes de Tirgoviste? —preguntó ella con la garganta aún rasposa por haber inhalado tanto humo, pese a que la ronquera no ocultaba su emoción—. ¿Mataste al príncipe?

—No estaba allí.

Lada frunció el ceño. Las esperanzas de anunciar la muerte de su rival a sus hombres se habían esfumado. El asesinato de aquel no equivaldría a que el trono fuera suyo —ya que el hombre tenía dos herederos de la misma edad que ella, y todavía necesitaba que los malditos boyardos apoyaran su aspiración al principado—, pero, de todos modos, hubiera sido gratificante.

—Entonces, ¿por qué regresaste?

—Porque él está en Edirne por invitación de Mehmed.

Lada sabía que, ante aquella información, su fuego interno hubiese estallado en una profunda ira, pero estaba repleta de cenizas frías y amargas. Aunque su orgullo no le hubiera permitido pedir ayuda a Mehmed, durante todo este tiempo lo había mantenido aferrado a su corazón, consciente de que, en algún lugar, Mehmed y Radu aún creían en ella.

Y, ahora, también le habían arrebatado esa certeza.

